

## HERMES, PROTECTOR Y PATRONO DE DIPLOMATICOS

Escribe: HELCIAS MARTAN-GONGORA

Siempre fue el hombre un ser calificado para la exaltación y el mito. Desde la época actual en que trata quizás de colmar el vacío de los dioses penates y lares con símbolos precarios, que van de las efímeras monarquías de belleza femenina a los reinados de todas las denominaciones y gremios, en una descendente escala de valores y formas, hasta su amanecer sobre la prehistoria, cuando en lucha vital con los elementos, a ellos levantó altares y les sacrificó lo mejor de sus cosechas y rebaños. Toda una intrincada selva mitológica, en la cual sería amable perderse en la compañía de las tres Gracias, bajo los auspicios romanos de Pomona, sino fuera menester hacer el tránsito de la rústica teogonía de las cavernas a la atmósfera íntima de las cancillerías y embajadas donde, según es tradición, vagan todavía las sombras de Hermes y Ulises, encadenados al común destino de servir de patronos y guías a graves estadistas y políticos afortunados, en el difícil manejo de las relaciones internacionales.

En su epítome histórico sobre Diplomacia, el escritor inglés Harold Nicolson, recoge la hipótesis de cómo los primeros diplomáticos

griegos encontraron en Hermes, la deidad tutelar, que compartía los máximos tributos de admiración con la épica estampa de Ulises, rescatado a los brazos urgentes de Calipso. En la suma mitológica, Hermes-Ulises, los helenos dieron prelación a las cifras de la inteligencia sobre los juegos sutiles de la astucia?

Quién sabe si en Mercurio (Hermes), los sedujo más su inagotable oratoria, cuando refería a Argos, entre otras, la fábula de Siringa; que, su precoz inclinación al abigeato, su destreza en los ejercicios gimnásticos, que él presidía; o su genio musical expresado en la lira, que él inventó, en honor de las nueve musas y cambió después con Apolo —dios del comercio, al fin— por el caduceo, más a propósito con su vocación de agente viajero del Olimpo.

Sobre el imaginario friso que representa Hermes, tal vez se relievvara más la escena en que el dios compadecido de las penas de la repudiada Nefela, monta a los hijos de ella en un carnero, aderezado con el vellocino de oro, y los deja ir por el camino que ha de llevarlos al reino de Cólquida. O mejor, en las costas de Troya, cuando conduce al resurrecto Pro-

tesilao a la presencia de Laodamia, su desolada esposa, para que vuelva a morir de amor, trezado a ella. No obstante, en el mural retrospectivo, nada podría eclipsar la vera efigie del hijo de Júpiter y Maya, al momento en que toma de la mano a Príamo, lo guía a la tienda de Aquiles, y, tras el diálogo sublime entre el padre anciano y el joven guerrero, devuelve el cadáver de Héctor a la tierra, durante la tregua acordada para las cremaciones funerales.

De la estatuaria que honra al mejor mensajero de los dioses hay fehacientes testimonios, en los museos del viejo mundo: el Louvre, el Vaticano, el Nacional de Atenas, los Conservadores de Roma, el de Olimpia, etc., sin que hasta ahora se defina el duelo de perfección

trabado entre el Hermes desnudo de Praxiteles y el Atinoo luchador de Belvedere.

Ya, en la perspectiva de lo escultórico y cromático, podría resultar grato que algún diplomático festinara sus ocios de filólogo para indagar la oculta relación que pueda existir entre el género de conchas univalvas, que llevan el nombre de su dios, y la palabra hermeticidad, con todos los derivados que aluden a la llamada diplomacia secreta; lo mismo que la voz hermofrodita, la cual, según Zerolo, equivale "al personaje mitológico que participaba de los dos sexos: Mercurio y Venus".

Que nos disculpe Ulises, si ahora, por carencia de tiempo, no continuamos el viaje, a bordo de su nave.